

El retrete parisino

Según el psicoanálisis, la cultura ha ejercido una triple función antropológica: reprimir los instintos originando con ello un montón de neurosis, actos fallidos y sueños incomprensibles; transformar las pulsiones reprimidas de los instintos en energía socialmente útil, o sea, trabajo; y domesticar los instintos mediante su permanente adaptación al entorno, o sea, inventos. Así, en el último caso, los airbags de los coches o la medicina preventiva serían modificaciones culturales del instinto de supervivencia, los sex-shops del instinto sexual, los preservativos del instinto de reproducción, las armas del instinto de agresión-defensa y los retretes del instinto de eliminación de sobrantes. Hagamos un poco de memoria histórica de estos últimos.

Según cuentan las crónicas, el primer sistema de retretes moderno surgió a la vez en Londres y París. Con la llegada del agua corriente y el alcantarillado a las ciudades a mediados del siglo XIX también llegaron los servicios y la democratización del aseo. En Francia se denominaron originalmente *armoires d'eau* (literalmente "armarios de agua", expresión procedente de la inglesa *water closet*); también se los llamaba de forma elegante *cases d'aisance* ("compartimentos de desahogo"). En realidad se trataba de un espacio reducido con un inodoro sin taza o agujero en el suelo. Datan de 1840 y se deben a la iniciativa del prefecto de policía Monsieur Rambuteau quien ordenó la instalación de servicios (*toilettes*) en todos los hogares.

No obstante, fue preciso esperar diez años para que se construyeran unos retretes más asequibles a las mujeres... tras superar la oposición de ciertos grupos feministas que con el pretexto de la igualdad total no aceptaban la separación de las instalaciones y reivindicaban unos "biológicos" servicios unisexo. Una célebre representante del movimiento feminista, Colette Duclos, escribió entonces: *La mujer es capaz de realizar todas las actividades del hombre excepto hacer pis*

de pie contra un muro. Por tanto, no había inconveniente en que ellas orinaran de pie sobre un agujero negro.

Posteriormente, conscientes del absurdo de obligarlas a tales posturas, el radicalismo feminista se suavizó aunque siguió con la idea de un retrete único para ambos sexos, ahora con un asiento fijado al piso mediante bulones o taza para sentarse. En círculos positivistas se defendían los progresos de la ciencia: *Orinar sentados tiene muchas ventajas para los hombres. Para empezar el lado higiénico de la posición: orinar así es lo más limpio; además, hacerlo, según los fisiólogos, reduce los riesgos de las enfermedades de la próstata y contribuye a una vida sexual más larga y satisfactoria.*

En consecuencia, prohibido por ley a los hombres hacer pis de pie. Pero si la disposición legal parecía sostenible sobre el papel, su aplicación era inviable: imaginemos a una brigada de gendarmes antimicción-erguida (término casi heideggeriano) siguiendo a los varones a los servicios para ver si cumplían la ordenanza. Escrito por la prensa canallesca: *Imaginez-vous des agents de police suivant les hommes aux toilettes pour voir s'ils urinent de la bonne manière ! C'est drôle.* O a las amas de casa espiando por la cerradura del retrete a sus maridos para obligarlos a respetar las normas o a los niños en el parque frustrados por la monserga de desaguar en un orinal de campaña o a los vagabundos de los puentes del Sena sentados en un cajón de madera para no ser expulsados. Obviamente era una variante de la violencia de género y un abuso de la *égalité* oficial de la República.

Al final se impuso el sentido común, algo que según Descartes es la cosa mejor repartida del mundo (aunque siempre a largo plazo). Durante un baile de gala de la alta sociedad parisina del Faubourg Saint-Germain se instalaron por primera vez de forma separada los servicios de hombres y mujeres. La nobleza francesa aun conservaba ciertas prerrogativas en materia de *politesse* y buen gusto. La moda propició el avance de los usos. Muy francés. Tuvo el aliciente de que una

parte notable de la vida mundana, devaneos, cotilleos y otros galanteos, se desplazó del salón a los amplios escusados. Allí, unos y otras hablaban sin cortapisas de los placeres y los días.

A partir de 1860 las casas de la burguesía, que era la clase dominante desde hacía casi un siglo, estuvieron equipadas con retretes para orinar al gusto: sentados, de pie, haciendo el pino o como eligiera el usuario/a. Solo quedaban en el mundo más de tres mil millones de personas del pueblo llano obligadas a hacer sus necesidades en la madre naturaleza o en la calle.